

público, la Hacienda no podía prosperar, peor aún, pues empeoró su estado al extremo de que si á últimos del siglo XVIII todavía dieron los ingresos tres millones de escudos, á últimos del reinado de Pío VI sólo se obtenían ya dos millones.»

Pío VI, sin embargo, había llegado al solio pontificio por sus servicios prestados al Estado pontifical, sobre todo en materias de hacienda, no por sus conocimientos teológicos ni por sus méritos sacerdotales. Pero ese Braschi era amigo de los jesuitas, que aún estaban bajo la sentencia de proscripción lanzada contra ellos por los Estados borbónicos, y esto le aseguró su elección, que fué por unanimidad, por haber desde luégo, comprendido los embajadores de España y Francia, que en Braschi había un hombre menos sistemático de lo que se creía. Era, sin embargo, un hombre bueno y de irreprochable conducta moral, y aunque se ha dicho que era todo esto por vanidad, nunca fué la vanidad más excusable. Sin embargo, restauró el nepotismo, nombrando á uno de sus sobrinos cardenal, y á otro duque de Braschi, resultando al dotar á éste, un escandalosísimo proceso que obligó al Papa á intervenir más de una vez en obsequio de su familia.

Pío VI que había sostenido á los jesuitas en Rusia y Prusia, se vió obligado á abandonarlos por las reclamaciones de España y Francia, pero Catalina y Federico el Grande le dijeron al Papa que no tenía por que dar órdenes en sus Estados, y el Papa pudo escapar á la presión borbónica, alegando su impotencia.

Mayor fué su disgusto con el reformista emperador de Austria José II, quién, á despecho de todo, concedió á los protestantes austriacos la tolerancia, introdujo la lengua alemana en la liturgia, restringió los derechos y privilegios del nuncio del Papa, redujo el número de conventos y de sitios de peregrinación, etc., todo lo cual indujo á Pío VI á ir personalmente á Viena para ver si podía calmar los ímpetus liberales del emperador, pero no pudo conseguir otra cosa que las más exquisitas atenciones por parte del emperador y de su corte. Contra este Papa y este príncipe se presentó Bonaparte acompañado de 6.400 franceses mandados por Victor, y por 4.000 italianos lombardos y boloneses, mandados por el brigadier Lahoz.

Declaró Bonaparte la guerra al Papa el día 1.º de Febrero de 1797 desde Bolonia, y en la proclama que al efecto dió, protestaba de los sentimientos de Francia y de los suyos propios, por la religión y la persona del Papa á quién se garantizaba su libertad

y estancia en Roma, como necesaria al primer sacerdote de la religión.

Los franceses al avanzar para ocupar el país romano de las delegaciones entre los Apeninos y el mar Adriático, toparon con Colli que se había fortificado detrás del río Senio. Atacados por Lannes y Lahoz, opusieron las tropas papales una débil resistencia sin que les infundiera valor el cardenal que allí mandaba, ni los frailes que recorrían las filas con sus crucifijos, ocho banderas, catorce cañones y mil seiscientos prisioneros fueron el resultado del insignificante combate del Senio. Consecuencias del mismo, fueron la entrada de las tropas en Forti, Cesena, Rímmini y Fano.

Bonaparte envió á Víctor y á Lannes contra Ancona, de la que se apoderaron sin derramar una gota de sangre á pesar de estar allí el general Bartolini con 3.000 hombres que se entregaron al primer cañonazo. Este triunfo inesperado entusiasmó al general en jefe, que escribió incontinenti, que Ancona debía quedar para Francia al celebrarse de una manera definitiva la paz, pues en veinticuatro horas se podía pasar de Ancona á Macedonia, de modo, que Francia podría influir de una manera decisiva en la suerte del imperio Turco.

Pero en París se quería la paz con el Papa y con el rey de Nápoles, y el embajador de éste, el príncipe de Belmonte, al regresar de París en donde había ajustado la paz definitiva, se lo dijo á Bonaparte de parte del Directorio, esto, cuando aburrido el general francés con la guerra que le hacían las *madonas*, menéando sus ojos unas, llorando otras, etc.; puso presa la de Ancona, mandó á Penis la de la casa santa de Loreto, no sin descuidarse de avisar que era de madera, pero llenando los cofres de su ejército con un millón que le produjeron las alhajas de la virgen.

Todo esto había llenado de terror á Roma, y el mismo rey de Nápoles temeroso de lo que podía suceder, había puesto un ejército de observación en la frontera. Bonaparte no sin dejar una puerta abierta para nuevas disputas con Nápoles, aceptó la mediación de su rey con el Papa, mientras por bajo cuerda procuraba entenderse con el cardenal Mattei. Pero la toma de Ancona causó tan grande pavor en Roma, que el Papa envió á Bonaparte solemne embajada para pedirle la paz á fin de que no llegara á pasar los Apeninos. La paz se firmó el día 19 de Febrero y las condiciones casi las mismas que las de la tregua de Ancona, sólo que tenían su carácter positivo esta vez. El Papa renunciaba á Avignon y demás posesiones de la Iglesia en Fran-

cia. Cedía también á los franceses las Legaciones y á Ancona hasta la conclusión de la paz general, y por último, el Papa debía aprontar como contribución de guerra, treinta millones que debían hacerse efectivos antes de fin de Abril, amén de los diez y seis millones que aún se debían. El mismo día en que se firmó la paz, Bonaparte abandonó Tolentino para hacer sus preparativos contra Austria.

Austria tenía 17.000 hombres en el Tirol y catorce mil en el Friul. Allwintzy había tomado, como hemos dicho, posiciones detrás del Piave que mantuvo sólo porque Bonaparte lejos de atacarle fué á Roma y desde donde pedía sin cesar su relevo, en vista del mal estado de sus fuerzas. Allwintzy fué reemplazado por el archiduque Carlos que se trajo parte de los soldados del Rhin, pero antes esto no se decidió se perdió un tiempo precioso debido á las instancias de la emperatriz en favor de la paz á la que le movía los reyes de Nápoles, sus padres, pero Thugut se mantuvo firme y el emperador acabó por decidirse.

Thugut creía que aunque tarde, el archiduque podría bajar por el Tirol al frente de un cuerpo de ejército respetable, pero el tiempo perdido jamás volvió, y menos si otros lo aprovechan, como sucedió esta vez. Bonaparte, en efecto, no le dejó escapar.

Apenas el archiduque tomó el mando de las tropas italianas, se convenció de que no estaban en disposición de combatir, y sobre la marcha se lo escribió á Thugut quien dijo irreverentemente que de la carta del archiduque lo que se desprendía era que no quería comprometer su gloria augusta. Pero hizo aún más. Dejó á Hohenzollern detrás del Piave con una fuerte guardia, y mandó á Allwintzy que llevara sus 23.000 hombres detrás del Tagliamento, mientras él se marchaba á Viena para buscar hombres y recursos, ó para resignar su mando en el que veía comprometida su reputación.—16 de Febrero.

Hacia últimos de Febrero llegaban á Italia los treinta mil hombres de refuerzos que el Directorio enviaba á Bonaparte al mando de Delmas y Bernadotte, esto cuando los que debían seguir la suerte del archiduque, sólo llegaban á las fronteras de Baviera, pues los refuerzos sacados del ejército del Rhin no llegaron al Tirol hasta fin de Marzo. Bonaparte, empero, encontró sus 30.000 hombres de refuerzo reducidos á 19.000, á causa de las bajas ocurridas durante la campaña, las enfermedades, deserciones, etc., de modo que cuando pensaba abrir la campaña y marchar al Este para abrirse el camino de Viena, sólo podía contar con unos ochenta mil hombres incluso siete mil italianos.

Bonaparte llegó el 9 de Marzo á Bassano y resolvió emprender inmediatamente las operaciones aún cuando no sin comprender que se arrojaba á la más temeraria de sus empresas, pues teniendo que vigilar el Tirol á donde lanzó á Joubert con tres divisiones, y presidir varias plazas fuertes, apenas si podía presentarse contra el archiduque con más de cuarenta mil hombres. En la Lombardía dejaba á Kilmaine con 7.000 hombres tan sólo, y con expresa y pública orden de respetar el Veneto en donde Bonaparte iba, sin embargo, á abrir la campaña, bien que excusado con la necesidad de tener que combatir á los austriacos que allí se habían establecido, de modo que nadie podía ni siquiera presentir la suerte que Bonaparte le tenía reservada á Venecia.

Al día siguiente de la llegada de Bonaparte á Bassano daba el general francés á su ejército una orden del día anunciando la inmediata apertura de la campaña, y en la que bien que vagamente se entreveían los grandes pensamientos del joven héroe de Italia sobre Oriente, en donde decía hay que acabar con la pujanza de Inglaterra. Viena, pues, no era el término de la carrera de gloria que quería recorrer el general de la República francesa.

Hohenzollern y Lusignan con sus 6.000 hombres fueron arrojados del Piave sin dificultad, pero con tan mala suerte efectuó su retirada Lusignan, que el 12 cayó prisionero de los franceses en Longarone, junto con 700 hombres. El resto se dispersó, de modo que el archiduque había perdido ya un cuerpo de ejército antes de abocarse con Bonaparte. Hohenzollern consiguió pasar el Tagliamento no sin haber corrido igual peligro.

La línea de batalla de los austriacos tenía siete leguas. Al Norte, Bayalitsch, con 5.000 hombres se apoyaba en Osoppo y Carpacco. En el centro el príncipe de Reuss con 6.200 hombres, y Schulz con 3.000, se extendían por una línea de tres leguas, detrás de ellos, como reserva, estaba el general Spork con 4.900 hombres, y en fin, la división Seckendorf con 2.900 hombres se corría hasta Latisana. 22.000 hombres protegían, pues, tan larga frente.

Bonaparte concentró otros tantos de sus soldados sobre Reuss y Schulz que no pudieron resistir, y siendo imposible la batalla, el archiduque ordenó la retirada sobre Udina, Cividale y Palmanova. Palmanova era una plaza fuerte veneciana de la que se había apoderado Allwintzy. Venecia, pues, iba entregando sus ciudades de tierra firme á los que habían escogido por campo de batalla sus campos. La

neutralidad no se podía llevar más lejos. Por ser neutral dejaba que los austriacos se apoderasen de Verona y Palmanova. Verona estaba ya en manos de los franceses. Palmanova iba á sufrir en breve igual suerte.

El archiduque continuaba retirándose á fin de colocarse detrás del Ironzo en donde esperaba ser reforzado por el general Mercadin que marchaba á la Carinthia á marchas forzadas desde el Rhin, pero si esta unión no se verificaba á tiempo, Bonaparte podía rebasar su línea y abrirse el camino de Viena.

Mercadin enterado de la derrota de Lusignan y

del avance de los franceses, en vez de apresurarse y llegar á Tarvis el 20 de Marzo como se le había mandado, se asustó, aguardó órdenes, contuvo su marcha, y no llegaba á Villach hasta el 23. Desde este momento la posición de Tarvis podía considerarse como perdida, pues Bonaparte dispuesto para el ataque de la línea del Ironzo se lanzó con su acostumbrada impetuosidad, ocupó á Palmanova que abandonaron los austriacos, y el 19 de Marzo hubo ya de decidir el archiduque qué camino de Alemania tomaría para su seguridad y para la defensa de Viena.



Koch

Massena atacó á Tarvis y la superioridad del número que hasta ahora había decidido la campaña se puso igualmente del lado del general francés que á más de aquella importante posición estratégica, hacía ahora prisioneros á los generales Koebloes y Bayalitsch. La campaña de Italia había terminado. Catorce mil hombres le había costado al archiduque, es decir, más de la mitad de su ejército. La llegada, pues, de Mercadin no le iba á dar ahora superioridad alguna al archiduque, que tampoco podía contar con batirse con Bonaparte, de modo, que la guerra parecía que había terminado á los diez días de haberse emprendido la campaña.

Joubert atacó por el Tirol al atacar Bonaparte la línea del Isonzo á fin de abrirse el valle del Puster que le había de permitir acudir al socorro del general en jefe por Villach, y también le causó al general austriaco Kerpen la pérdida de la mitad de su cuerpo de ejército. Ya no se podía, pues, contar con

el Tirol para obligar á Bonaparte á retirarse. Así las tropas del Rhin pasaban por Salzburg para marchar luego á Bruck sobre el Mur.

El 25 y 26 de Marzo se concentraban en aquella dirección Mercadin y Reuss en Klagenfurth, mientras Seckendorf se quedaba en la Carniola con 13.000 hombres para cubrir la Slavonia.

Bonaparte había establecido su cuartel general en Goertz desde donde debía lanzarse contra el archiduque y contra Viena tan pronto hubiese organizado su línea de retirada. Al efecto, hizo fortificar y abastecer á Palmanova y otras ciudades venecianas de las que continuaba disponiendo como conquistador. Mandó á su reserva de caballería á la conquista de Trieste y á Bernadotte contra Leybach después de haberle amonestado duramente para que su cuerpo guardara una disciplina rigurosa. Pero, cuando ya había escrito al Directorio que iba á entrar en campaña, y le prevenía que si los ejércitos del

Rhin no hacían otro tanto en seguida, él podría ser aplastado por los austriacos reunidos, recibe la noticia de la revolución del Veneto.

La organización de las repúblicas italianas bajo el protectorado de Francia, dió, naturalmente, alientos al partido democrático italiano, y más aún á los venecianos á quienes tenía indignado el gobierno de su cobarde aristocracia que había consentido que Austria faltara á la neutralidad de la república. Bonaparte debía, naturalmente, fomentar esta agitación y al efecto, había ordenado á Kilmaine que prote-

giera á los clubs venetos pero guardando las apariencias de la más escrupulosa neutralidad. Kilmaine se valió de su ayudante Landrieux para estos trabajos, previniéndole que caso de que fueran descubiertos sus actos, sería desautorizado á fin de salvar los franceses el respeto debido á la independencia del Veneto.

Preparó Landrieux el movimiento de Bergamo que su hábil y enérgico podestá Ottalini tenía sentido, bien que los mismos franceses habían querido cubrirlo anunciándole inmediatos trastornos en



AMAR

Brescia, Ottalini se lo comunicó á Battaglia, pero el *proveditore* del Veneto no tomó resolución alguna. El 12 de Marzo el comandante francés de la ciudadela de Bergamo, tomando pretexto del hecho de haber Ottalini aumentado las patrullas venecianas, le dijo que él por su parte iba á disponer sus baterías. Al día siguiente estallaba la insurrección, se establecía un nuevo consejo comunal, se expulsaba á Ottalini, y en medio del regocijo popular se proclamaba la libertad de Bergamo.

Cuando en Venecia se supo lo ocurrido la consternación del Senado fué inmensa. Se reclamó del embajador francés Lallemand el respeto de sus derechos. Lallemand declaró imperdonable lo que se había hecho en Bergamo, y mientras se enteraba y se notificaba lo ocurrido al Directorio, el Senado enviaba á Bonaparte á dos de sus principales hombres de Estado, á Pesaro y Corner, quienes antes de marchar ya supieron que Brescia había imitado

á Bergamo, y á la vez se daban órdenes á Quirini, el embajador de Venecia en París, para que reclamase ante el Directorio.

El Directorio con el mayor desenfado le dijo á Quirini que quien tenía la llave de la cuestión era Bonaparte, que lo hecho estaba hecho, y que sólo Dios podía prevenir mayores disgustos á Venecia ya que se le había destinado á servir de compensación á Austria por la pérdida de Bélgica, de la orilla izquierda del Rhin y del Milanesado.

El 23 de Marzo, Pesaro y Corner celebraban su entrevista con Bonaparte, quién, naturalmente, aunque enterado de todo, dijo no poder creer lo que le decían los venecianos, pero que si resultaba cierto Lefeibre, que había insurreccionado Brescia, compararía ante un Consejo de guerra. Y ya nada más sacaron en limpio los venecianos que regresaron á la capital bien convencidos de los grandes males que amenazaban á la república. Siete días después